

¿Por qué los populismos latinoamericanos se niegan a desaparecer?

CARLOS DE LA TORRE

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – Sede Ecuador

¿Por qué, pese a que tantas veces se haya anunciado su muerte, el populismo se niega a desaparecer? ¿Qué factores explican que periódicamente emerjan liderazgos que polarizan profundamente la política mediante una retórica que confronta maniqueamente al pueblo en contra de la oligarquía? ¿Por qué en ciertos contextos son exitosos los discursos y las estrategias de movilización populista, y por qué en otros no funcionan? ¿Cómo puede ser que el populismo sea visto a la vez como la esencia de y un peligro para la democracia?

Este ensayo analiza las diferentes hipótesis que explican la obstinada persistencia del populismo como un fenómeno político.¹ También, y a diferencia de quienes lo ven ya sea como uno de los mayores riesgos para la democracia, ya sea como su esencia misma, se analizan sus relaciones ambiguas con la democracia liberal. El populismo se inicia con la participación de las grandes masas en la política. Éstas no sólo demandaron ser escuchadas en momentos excepcionales tales como rebeliones y revueltas, sino que exigieron ser parte del juego cotidiano por el poder. Lucharon por el derecho al sufragio, por el fin del fraude electoral y porque se eliminasen las restricciones al voto. Es así que el populismo aparece en un momento histórico en el cual la política no puede restringirse a las reuniones y discusiones entre pequeños grupos de notables, hacendados y oligarcas.

En varios países latinoamericanos se ha entendido la democracia como la ocupación de espacios públicos de los cuales los pobres y los no blancos estaban excluidos, más que como el respeto a las normas e instituciones de la democracia liberal. Esta ocupación de espacios a través de marchas, mítines políticos y asambleas se ha dado junto a discursos maniqueos a favor del pueblo, construido

cdelatorre@flacso.org.ec

como la encarnación de las virtudes y de los valores “auténticos” de la nación, y en contra de la oligarquía “corrupta y vendepatria”. Formas de representación que asumen la identidad de intereses entre el pueblo y su líder, auto-erigido como encarnación y símbolo de la nación, se han privilegiado sobre formas de representación liberales. Éstas han sido vistas como impedimentos para que se exprese la verdadera y homogénea voluntad popular encarnada en el líder. Estas formas de participación, de retórica y de representación política han tenido efectos ambiguos y contradictorios para la democracia. Por un lado, se han incluido a sectores antes excluidos y se han rescatado los valores y la dignidad de los de abajo. Pero, por el otro, se han privilegiado formas de participación, discurso y representación que no siempre respetan el derecho a la disensión ni el pluralismo y que, debido a la gran polarización que producen, en muchos casos se han resuelto a través de mecanismos autoritarios.

Este trabajo está dividido en dos partes. La primera analiza diferentes interpretaciones que buscan explicar por qué el populismo ha sido un fenómeno recurrente en la historia de la región. La segunda, a través de la discusión de la bibliografía existente, se enfoca en el estudio de las formas de participación y representación populista, y analiza las características de los discursos populistas y el rol de los medios masivos de comunicación en los nuevos populismos.

I) La persistencia del populismo

Para explicar por qué el populismo es un fenómeno recurrente que se niega a desaparecer, es conveniente agrupar la amplia bibliografía sobre el tema en cuatro campos.² El primero explica el populismo como una etapa en la historia de la región y como un fenómeno social y político que surge en condiciones de crisis, que producen masas disponibles para la movilización desde arriba. El segundo lo analiza como un fenómeno eminentemente político, conceptualizándolo como una estrategia o como un estilo político. Un tercer grupo de autores explican el constante resurgimiento del populismo por las contradicciones internas de la democracia. El cuarto enfoca las relaciones entre el estado y la sociedad y explica el populismo por las falencias de estados fallidos o frustrados que no han logrado consolidar estados de derecho.

Populismo, masas y anomia

Pese a las críticas, el modelo articulado por Gino Germani (1971) a finales de los años cincuenta continúa siendo uno de los más influyentes en los estudios sobre el populismo. Germani enfatiza los cambios estructurales rápidos y bruscos que produjeron masas disponibles para la movilización populista. Siguiendo las

hipótesis de Germani, se pueden distinguir tres momentos en los cuales emerge el populismo. Durante las décadas de los 30 y 40, junto a la crisis del modelo agroexportador, surgió el “populismo clásico” de Perón, Vargas y Cárdenas. En los 90 y luego de la crisis de acumulación del modelo de sustitución de importaciones, apareció el neopopulismo neoliberal de Menem, Fujimori, Collor y Bucaram. Más recientemente, el populismo radical de Chávez, Morales y Correa renace junto a la crisis de los modelos neoliberales y el resurgimiento del nacionalismo y del control estatal.

Según Germani, los cambios estructurales bruscos producen situaciones de masas desorganizadas o poco organizadas. Éstas no encuentran patrones normativos claros que les permitan actuar racionalmente, por lo que terminan siendo utilizadas por líderes que manejan estrategias desde arriba para consolidar su hegemonía. Para los autores influidos por Germani, el populismo otorga beneficios simbólicos a las masas pero al fin de cuentas es autoritario, pues desconoce y atenta contra las instituciones de la democracia liberal.

Si bien las hipótesis de Germani tienen la virtud de estar bien elaboradas, presentan una serie de problemas que cuestionan su utilidad. Para empezar, pese a que a grandes rasgos se pueden señalar tres grandes momentos de emergencia populista, los populismos también surgieron en coyunturas no necesariamente ligadas a las crisis de los diferentes modelos de acumulación. Es así que la noción de crisis no es la única explicación para comprender el continuo atractivo del populismo. En naciones tales como Argentina, Brasil, Ecuador, Venezuela, Bolivia y Perú, desde los años treinta y cuarenta, cuando los militares lo permitieron, los políticos populistas han ganado elecciones a nivel local y nacional. El populismo ha sido la norma y no la excepción que implica la noción de crisis, y ha existido tanto en “tiempos normales como en los de crisis” (Knight 1998: 227).

Debido a que el populismo es visto como la expresión de una crisis, se lo considera como un fenómeno transitorio y excepcional. La resolución de la crisis resultará en el retorno a lo que se considera como política normal, esto es, la no populista. Es así que el populismo sigue siendo visto como una fase que eventual y afortunadamente desaparecerá. Los críticos de la teoría de la modernización y del marxismo ortodoxo han cuestionado los modelos binarios que artificialmente dividieron la política y la acción colectiva entre lo normal y lo anormal. En estas construcciones, el teórico prescribe lo que considera normal y relega lo supuestamente patológico a la condena moral, o lo explica como una desviación de un patrón de desarrollo arbitrariamente construido como universal desde una visión eurocéntrica.

El populismo no puede ser reducido a la expresión política de una etapa en la historia de la región, como lo sostuvieron los teóricos de la dependencia (Ianni 1975). Se ha demostrado, por ejemplo, que el populismo antecedió a la

sustitución de importaciones en Brasil, México y Argentina, y que en países más pequeños como el Ecuador tuvo poco que ver con este modelo de acumulación. Además, desafiando predicciones prematuras, no desapareció de la escena política latinoamericana junto con la sustitución de las importaciones (Weyland 2003). Al dar demasiada importancia a las transformaciones sociales y económicas, se tiende a olvidar y dejar de lado la especificidad de lo político. El populismo y la política, en general, no pueden explicarse como el reflejo de fuerzas estructurales supuestamente más profundas tales como la economía, lo que no significa que la política tenga una autonomía absoluta de procesos económicos y sociales. Una lectura política ofrece mejores pistas para comprender por qué perdura el populismo.

Estilos y estrategias populistas

Como bien lo señala Weyland (2001, 2003), las críticas a los modelos derivativos de la política y el renacer del populismo junto con el neoliberalismo motivaron lecturas eminentemente políticas de éste. Es así que Alan Knight lo conceptualizó como un estilo que produce una “profunda polarización política” (1998: 237). Kurt Weyland (2001), en su aporte seminal sobre la categoría de populismo, lo definió como una estrategia política para llegar o ejercer el poder, en la que líderes buscan el apoyo directo, no mediado ni institucionalizado, de un gran número de seguidores en principio desorganizados. El populismo visto como un estilo o estrategia no está necesariamente asociado a modelos de acumulación específicos. Los conceptos políticos del populismo también ayudan a dar cuenta de su camaleonismo ideológico, puesto que puede ser de derechas o de izquierdas.

Si bien Knight deja abierta a la investigación histórica la cuestión de bajo qué condiciones surge el populismo, Weyland (2001) postula que emerge cuando sectores poco organizados están disponibles para la movilización desde arriba. Los dos grandes momentos populistas, según Weyland, son aquellos de la primera incorporación política, en la cual se crean o cooptan desde arriba organizaciones populares, y aquellos en los cuales entran en crisis los partidos políticos y las organizaciones clasistas.

Pese a que Weyland está en lo correcto al conceptualizar el populismo como una estrategia política, exagera los niveles de desorganización de los seguidores populistas. Varios trabajos históricos demuestran que en los populismos clásicos los obreros no estuvieron desorganizados y que actuaron racionalmente (Knight 1998; Murmis y Portantiero 1971; Torre 2005; Wolfe 1994). Trabajos etnográficos han cuestionado las ideas de desorganización y anomia de los informales, enunciadas por algunos politólogos que los estudian desde arriba y sin preocuparse por comprender cómo los pobres entienden y viven la política. A diferencia de

las visiones sobre su desorganización, esos trabajos han demostrado, más bien, los altos niveles organizativos de los informales (Auyero 2001; de la Torre 2004: 54-60; Cross 1998), así como las organizaciones en redes informales en las que se asientan los partidos populistas (Freidenberg y Levistky 2006). En algunas experiencias recientes de populismo radical como en el chavismo, los sectores populares, al igual que lo hicieron en los populismos nacionales radicales clásicos, están utilizando las aperturas del sistema para luchar por agendas que van más allá de los intentos de movilización desde arriba (Ellner 2005).

El populismo y la democracia

Para entender la continua reemergencia del populismo, es conveniente empezar con el argumento de Margaret Canovan, según el cual se trata de un componente esencial de la democracia, cuyas “fuentes se encuentran en las tensiones al interior del corazón de la democracia” (1999: 2). Si bien la democracia tiene una fase pragmática y administrativa, también tiene una fase redentora. La crítica populista a las élites, los apelativos y la glorificación de la gente común dan vitalidad al ideal democrático y lo renuevan. La fase redentora del populismo está asociada a la exaltación discursiva del pueblo, a su estilo dirigido a la gente común y a los fuertes sentimientos que motivan la participación de gente apolítica o poco interesada en la política (ibídem: 4-6).

El populismo que renueva el ideal democrático se explicaría por las carencias y las fallas de la democracia liberal. Chantal Mouffe (2005) parte de la concepción de Macpherson, según la cual en la democracia conviven los principios liberales de pluralismo y libertades individuales con los principios democráticos de igualdad y de soberanía popular. La difícil convivencia de estos principios provoca un déficit participativo cuando la gente común no se siente representada en las instituciones liberal-democráticas y cuando no encuentra canales para expresar su voluntad. Precisamente, estos fueron los sentimientos de gran parte de los ciudadanos en Venezuela con el agotamiento de la democracia del punto fijo, y en Ecuador luego de que tres presidentes electos fuesen destituidos por el Congreso con el uso de artimañas legales. Apelando a las emociones y a la dimensión antagónica de la política que se basa en la distinción entre nosotros y los otros, el populismo busca regenerar y dar impulso a la máxima herencia de la revolución francesa: el gobierno debe legitimarse en la voluntad popular (Chattarjee 2004: 27).

Es así que el populismo desenmascara los puntos débiles y los silencios del liberalismo, sobre todo cuando éste transforma la política en la administración pragmática de lo público. El populismo expresa los antagonismos y las emociones que constituyen la política. Como lo señala Laclau (2005), populismo es lo mismo que política, pues se basa en la construcción de fronteras sociales en las

que el pueblo es interpelado en contraposición a un enemigo. Sin antagonismo, la política se desvanece en administración; el populismo se basa en los antagonismos que son centrales en la política, pues generan identidades populares y permiten la emergencia de alternativas al orden vigente. Pero, como bien los anotan otros autores, el populismo puede también representar la negación de la política, pues imagina para el pueblo una identidad única que se expresa en la figura del líder (Panizza 2005; Urbinati 1998).

Estados fallidos, populismo y clientelismo

Gran parte de los estados latinoamericanos han intentado regular la sociedad civil pero no lo han conseguido. Como lo señalan Miguel Ángel Centeno y Alejandro Portes, “estos estados pueden ser descritos como frustrados, debido a la contradicción permanente entre las voluminosas regulaciones que producen en el papel y la inhabilidad de ejecutarlas en la práctica” (2006: 28). Los estados frustrados provocan la informalidad en la economía y en la política. En ellos una minoría se apropia de la protección estatal y de sus recursos, mientras que la mayoría tiene que valerse por sí sola violando constantemente la ley. Es así que la mayor parte de la población se busca la vida en las actividades informales y accede a la vivienda a través de la toma ilegal de tierras. El estado de derecho no regula las interacciones entre ciudadanos. Como bien lo analizó Roberto da Matta (1991), los poderosos utilizan la ley de acuerdo a su conveniencia, mientras que para los pobres la ley es un peso que constantemente los amenaza y de la cual tienen que escapar a través de la evasión o de los sobornos a agentes estatales.

En los estados fallidos las formas legales de autoridad están poco desarrolladas. Los aparatos judiciales y administrativos están politizados, por lo que la ley puede ser utilizada de manera particularista (Hallin y Papathanassopoulos 2002: 186-187). Este tipo de relación entre el estado y la sociedad civil provoca el florecimiento del clientelismo y del populismo como formas de acceso a los recursos y al poder (De la Torre 2000; Prud’homme 2001).

“El clientelismo es una forma de organización social en la cual el acceso a los recursos sociales está controlado por patrones, que los otorgan a los clientes a cambio de su deferencia y de diversas formas de apoyo. Es un modo de organización social particularista y asimétrico, y contrasta con la ciudadanía en la cual el acceso a los recursos se basa en criterios universalistas y en la igualdad formal ante la ley” (Hallin y Papathanassopoulos 2002: 184-185). Los intercambios clientelares se apoyan en etiquetas y rituales del intercambio, que regulan qué se da y cómo se lo da (Auyero 2001, Barozet 2006). Los partidos políticos, sean populistas o no, se asientan en estas redes de intercambio (Burgwall 1995; Barozet 2006; Gay 2006). Además, con el tiempo los intercambios han generado una cultura política en la que los mal llamados clientes apuestan a varios inter-

mediarios y apoyan a quien tenga mayores posibilidades de otorgarles recursos. Por su parte, los intermediarios apuestan por los políticos con mayores posibilidades de triunfar, para poder seguir solucionando los problemas de sus bases. Esta inestabilidad del apoyo popular a los intermediarios y de éstos a los partidos políticos concede ciertas ventajas a los pobres, que han aprendido a negociar con varios intermediarios y partidos políticos, apostando por quien pueda darles más en cada coyuntura electoral (De la Torre 2004: 58; Gay 2006).

Las personas que viven de la transgresión constante de la ley, como lo señala Chatterjee (2004), no son completamente ignoradas por el estado, que intenta controlarlas y regularlas, no como ciudadanos sino como poblaciones, a través de una serie de categorías administrativas tales como marginados, invasores de tierras, vendedores ambulantes, etc. Estas poblaciones se relacionan con las agencias estatales negociando políticamente el acceso particularista a recursos, a través de la intermediación ya sea de partidos políticos, ya sea de las ongs, ya sea de sus organizaciones. Es así que los clientes, los informales, los pobres a los que se refiere la bibliografía, son poblaciones que, a la vez que son invisibilizadas por el estado, poseen sobre-visibilidad. Como lo señala Julio Aibar, están marcadas simultáneamente por la falta y el exceso. “Una carencia de atributos y cualidades que conduce a un exceso de presencia y que quiebra o transgrede las normas y ‘las buenas costumbres’” (Aibar 2007: 33).

El populismo politiza las humillaciones cotidianas a las que son sometidas estas poblaciones, transformando en fuente de dignidad los estigmas con los que son nombradas para ser administradas por las agencias estatales y no gubernamentales. El populismo hace que las categorías poblacionales utilizadas por la administración del estado dejen de ser meros receptores de ayuda administrativa y se conviertan en comunidades con características morales superiores. Los marginados, los informales, los invasores, los pobres – se transforman en el pueblo, la nación, la verdadera patria.

Tanto el clientelismo como el populismo, asentados en las falencias de un estado que infructuosamente intenta regular la sociedad civil, son fenómenos modernos y no reliquias del pasado. Se basan en la inexistencia de un estado de derecho y en el acceso desigual y particularista a los recursos estatales, como favores o privilegios, pero no como derechos universales. Sin derechos, se dan formas de acaparamiento particularista de prebendas y privilegios, poca o fallida democracia que siempre será cuestionada por los excluidos de los derechos, los cuales serán interpelados por los populistas como los baluartes de la nación.

Las contradicciones entre estados frustrados, particularismos y falta de derechos permiten que periódicamente emerja el populismo. Éste busca regenerar el ideal democrático, pero se mueve sobre la línea tenue que separa el incremento de la participación y la no erección de instituciones que permitan que se establezcan

mecanismos de autoridad legal racional. Sin un estado que regule exitosamente la sociedad civil y no la ahogue en el papeleo burocrático de leyes que no se cumplirán o que se utilizarán para atemorizar selectivamente a la población, el populismo y el clientelismo serán los caminos tanto para dar dignidad a los de abajo como para que los excluidos busquen negociar con el estado.

II) Participación, representación y discursos populistas

Esta sección analiza algunas características que la bibliografía sobre el populismo ha considerado como fundamentales. Las vías por las cuáles los populismos han entendido la participación democrática son: las formas de representación populista; las características del discurso populista; y el rol de la televisión en los nuevos populismos.

La participación litúrgico-populista

José Álvarez Junco se apoya en el análisis del historiador George Mosse sobre el fascismo para diferenciar las formas de representación populista que buscan “implementar un sistema basado en la institucionalización de la participación popular y el imperio de la ley” (1994: 26). Éstas se basan en una incorporación estética o litúrgica más que institucional. “El líder difunde los mitos y los símbolos que identifican al ‘pueblo’ como legítimo portador de los valores nacional-democráticos y convoca los ritos y festejos en los que el sujeto colectivo emergente ratifica con su presencia la nueva religión cívica” (1994: 25-26). Esta participación privilegia una percepción de la democracia como la ocupación de los espacios públicos a favor de un líder construido en tanto personificación del ideal democrático. Por ejemplo, el 23 de septiembre de 1945 los seguidores de Jorge Eliécer Gaitán marcharon desde cinco puntos estratégicos de Bogotá para reunirse en el “Circo de Santa María” donde concluiría la “semana de pasión” de los gaitanistas. Sus eslogans y euforia después del mítin —“en el Circo de Santa María murió la oligarquía” y “guste o no le guste, cuadre o no le cuadre, Gaitán será su padre”— no dejaron dudas sobre el efecto de esta reunión en sus participantes, quienes la vivieron como la muerte de la oligarquía gracias al verbo y la figura de Gaitán, el líder del pueblo (Braun 1985: 93-99).

En Ecuador, con el velasquismo (1933-72), quienes estaban excluidos de la política demandaron ser parte del juego cotidiano por el poder. José María Velasco Ibarra inició un nuevo estilo político. Fue el primer presidente que visitó gran parte del país en su campaña electoral de 1933 y luego como presidente en 1934. El estilo de su campaña se caracterizó por marchas y concentraciones que ocuparon las plazas y las calles de las cuales estaban excluidas las personas

humildes. Estos ejercicios de democratización de los espacios públicos, en los que participaron tanto ciudadanos que cumplían con los difíciles requisitos para votar como los no votantes, fueron acompañados por un discurso maniqueo de exaltación al “pueblo”. Por ejemplo, en la campaña electoral de 1939-1940 que perdiera frente al liberal Carlos Arroyo del Río, Velasco Ibarra manifestó: “[...] las calles y las plazas son para que los hombres libres expresen sus aspiraciones y anhelos y no para que los esclavos arrastren sus cadenas” (en De la Torre 1993: 160). Velasco Ibarra fue visto por algunos de sus partidarios como el redentor de la nación. También se autoconvenció de que era la encarnación de los anhelos y valores democráticos del pueblo, a tal punto que creyó ser el Mesías del que hablaban algunos de sus seguidores (De la Torre 2000: 28-79).

Si bien el velasquismo fue un movimiento democratizador, en la medida en que la gente común empezó a sentir que participaba y era tomada en cuenta en la política, debido a que, según el caudillo, la democracia radica en el pueblo y en él mismo como su encarnación, no siempre respetó los procedimientos democráticos ni las instituciones de la democracia liberal. Menos aún, los derechos civiles de sus rivales. Es así que el paladín de la libertad de sufragio abolió las constituciones en 1935, 1946 y 1970, argumentando que la voluntad del líder estaba más allá de constituciones mal escritas, y se proclamó dictador o trató de hacerlo en cuatro de sus cinco administraciones.

La participación litúrgica populista, como lo demuestran los trabajos de Daniel James (1995) y de Mariano Plotkin (1995) sobre el 17 de octubre de 1945 en Argentina, no tiene un sentido unívoco y no puede reducirse a la manipulación o a la irracionalidad de las masas. Esos eventos, en los cuales los obreros salieron a las calles demandando la liberación de Perón, significaron la valorización de la cultura obrera y de su dignidad en una sociedad que los despreciaba y los excluía. Es por esto que los objetivos de su violencia fueron los símbolos de su exclusión. Los obreros apedrearon los clubes, salones y cafés de las élites; quemaron los periódicos de la oposición y golpearon a jóvenes de clase alta. La violencia colectiva respetó los símbolos estatales y militares y las fábricas. Los eventos del 17 y 18 de octubre, a la vez que reivindicaron la dignidad de los obreros y fueron vividos como formas de participación democrática, fueron actos de intolerancia con los rivales y de autoconstitución popular en nombre de un militar autoritario.

En algunos países, estas formas de incorporación litúrgica a la política todavía perduran. La visión de que la democracia está en las calles se ha ilustrado en las caídas de tres presidentes ecuatorianos. Manifestaciones en Quito y otras ciudades de la Sierra en enero y febrero de 1997 fueron usadas como razón o excusa para que los militares le retirasen su apoyo y el Congreso depusiera a Abdalá Bucaram, con la artimaña legal de su incapacidad mental para gobernar. En enero

de 2000, la toma del Congreso por los líderes y miembros de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador y por militares de rangos medios fue la razón o excusa para que los militares retiraran su apoyo al presidente Jamil Mahuad y para que el Congreso nombrara al vicepresidente Gustavo Noboa como su sucesor. De igual manera, las manifestaciones en contra del presidente Lucio Gutiérrez en abril del 2005 fueron la razón que dieron las fuerzas armadas para retirarle su apoyo, y para que el Congreso lo depusiera por haber supuestamente abandonado el cargo y nombrara como sucesor a su vicepresidente Alfredo Palacio. Los mitos de que la democracia está en manos del pueblo y que éste tiene la capacidad para poner y tumbar presidentes, junto con su gran potencial movilizador, que ha podido funcionar por la negativa de los militares a reprimir, tienen también consecuencias desestabilizadoras y antidemocráticas. Difícilmente se puede sostener que son más democráticas las marchas de miles de ciudadanos que los votos que llevaron al poder a estos mandatarios.

La representación populista

Ya que el pueblo no puede auto-representarse y auto-constituirse, pues no está ahí como un dato empírico sino es una relación de posicionalidades construidas, no puede evitarse la conclusión de que siempre se necesitan expertos o élites que expresen, articulen, descubran y glorifiquen lo que ellos consideran como lo popular. Esta búsqueda del pueblo no sólo legitima a quienes se autoproclaman como sus representantes, sino también se basa en la exclusión de quienes no son pensados dentro del campo de lo popular y que, por lo tanto, son parte del bloque en el poder o no existen en el imaginario y el discurso político populista.

En sus reflexiones sobre el jacobinismo, François Furet señaló que el principio de legitimidad revolucionaria se fundamentaba en el pueblo, una categoría “imposible de personificar” (1985: 49). El poder residía en “las manos de quienes podían hablar por el pueblo” (Lefort 1988: 109-110). La política sólo pudo tener o bien dirigentes que encarnasen los buenos valores populares, o bien enemigos del pueblo. Es así que los políticos se convierten en los ventrílocuos que hablan en nombre del pueblo, dicen personificarlo y lo constituyen. El pueblo se transforma en un principio bastante ambiguo de legitimación del poder. Por un lado, los políticos tienen que personificarlo, constituirlo, mimarlo y entenderlo, por lo que orquestan manifestaciones y mítines para demostrar y escenificar la voluntad popular y también distribuyen recursos entre sus integrantes. Pero, por el otro, la voluntad popular sólo es pensada como un dato moral-ético homogéneo, que no admite divergencias, contradicciones o variaciones.

A diferencia de la democracia liberal, que se basa en el gobierno de la mayoría pero no en la unanimidad de opiniones e intereses, en el populismo no existe un campo reconocido para expresar la disensión, pues está basado en “la unión

y la identidad total entre un representante y aquellos que buscan ser representados” (Plotke 1997: 28). Quienes no son parte de los seguidores que aclaman al líder son invisibilizados y silenciados, no son tomados en cuenta y pueden ser reprimidos (Urbinati 1998: 116-119). Además, como lo señala Francisco Panizza (2005: 28), “el populismo puede representar la negación de la política. El pueblo unitario que es uno con su líder, según expresa el imaginario populista, define el fin de la historia de la misma manera que las ilusiones liberales del pluralismo sin antagonismos, del orden social del *Leviatán* de Hobbes o la sociedad sin clases de Marx”.

Las formas de representación populista tienden a no respetar el marco normativo existente, que es visto como un impedimento para que se exprese la voluntad popular encarnada en el líder. Esta actitud instrumental ante las leyes “reduce los mecanismos constitucionales a un medio que sirve al poder político, y el uso repetido de medidas y prácticas extrainstitucionales debilita la autoridad del estado y del sistema legal” (Peruzzotti 1997: 101).

Si bien Guillermo O’Donnell (1994) teorizó sobre una nueva especie de democracia que se estaría implementando en la tercera ola de democratización en algunos países de Asia, América Latina y Europa del Este, los rasgos de ese tipo de democracia caracterizan las prácticas políticas que se dieron y que se están viviendo en algunos países de la región. Las democracias delegativas son diferentes de las democracias representativas. Las democracias delegativas no respetan los derechos civiles de los ciudadanos ni los procedimientos democráticos y se basan en la idea de que quien gane la elección tiene el mandato de gobernar de acuerdo a lo que crea que es el mejor interés de la colectividad. El presidente dice personificar a la nación y, debido a que se cree el redentor de la patria, sus políticas de gobierno no necesariamente tienen relación con las promesas de campaña o con los acuerdos logrados con los partidos políticos que lo ayudaron a ser electo. Al igual que en el pasado, toda la responsabilidad de los destinos de la nación recae sobre el líder, que por ello es plebiscitado constantemente como la fuente de la redención o como el causante del desastre nacional. La lógica es que el tiempo apremia, y los intereses y cálculos a corto plazo caracterizan la actuación del gobierno y de la oposición. La legalidad y el basar la acción en la normatividad democrática cuentan menos que el actuar directamente en beneficio de lo que los delegados del mandato popular creen que son los mejores intereses de la nación. La posibilidad de pactos y de diálogo es limitada. Al verse como la encarnación de la voluntad nacional, el presidente tiene pocos alicientes para concertar y dialogar con la oposición. Ésta no tiene más opción que actuar de forma similar al gobierno, y utiliza mecanismos de dudosa legalidad para frenar al presidente.

El populismo y “el pueblo”

El populismo es un estilo político basado en una retórica maniquea que construye la política como una lucha moral y ética entre el pueblo y la oligarquía. El populismo politiza todas las esferas de la sociedad como la lucha entre dos campos hegemónicos, que se resolverá o bien en la ruptura populista o bien en la preservación del orden vigente. Sin embargo, el término “el pueblo” es profundamente ambiguo y elástico (Canovan 1984). Para desentrañar sus ambigüedades es importante empezar con la observación de Laclau (2005: 48) de que “el pueblo, como opera en el discurso populista, nunca es un dato primario sino que una construcción.” ¿Quién está incluido y excluido en estas construcciones?

Si bien la confrontación discursiva del pueblo contra la oligarquía ha estado presente en la política ecuatoriana desde los años 30 y 40, los grupos sociales asignados a estas categorías no han permanecido inmutables. En los años 40 Velasco Ibarra, al igual que muchos grupos de la sociedad civil, construyó los términos pueblo y oligarquía con referentes eminentemente políticos. Los miembros de la oligarquía fueron las “argollas” del partido liberal, que se mantenía en el poder gracias al fraude electoral, y el pueblo eran los ciudadanos cuya voluntad electoral no se respetaba. Esta construcción política del pueblo excluía a quienes no podían votar por ser analfabetos y a los indígenas y afroecuatorianos que ni votaban ni eran vistos como parte de la nación (De la Torre 2000: 28-80).

Desde la creación de Concentración de Fuerzas Populares a finales de los años 40, la categoría “el pueblo” adquiere significados sociales (Guerrero 1994). “El pueblo” son los pobres que se diferencian de la oligarquía y de los ricos en términos socioeconómicos, culturales, políticos y de estilo de vida. Esta visión de quién es parte del pueblo, sin embargo, excluyó a los indígenas y a los descendientes de los esclavos africanos. A partir de los años 90 los líderes del movimiento indígena y de organizaciones afroecuatorianas usan el término “el pueblo” cuando hacen demandas al estado. Exigen pertenecer al pueblo ecuatoriano pero manteniendo su cultura o nacionalidad. En el golpe de estado o rebelión popular en contra del presidente Jamil Mahuad en el año 2000, los líderes indígenas y los militares encabezados por el coronel Lucio Gutiérrez articularon una visión diferente de quién es el pueblo. El verdadero pueblo son los indígenas que ocuparon los espacios públicos de los cuales se sienten marginados, como el Palacio de Justicia y el Congreso (Ponce 2000). Los indígenas no sólo encarnaron al pueblo, sino también fueron vistos como su vanguardia en las luchas en contra de la corrupción y de las políticas de ajuste estructural y defensa de la soberanía nacional.

Una de las peculiaridades del populismo es la construcción discursiva de la sociedad como un campo antagónico y maniqueo en el que se enfrentan el pueblo y la oligarquía. Algunos populismos se basan en la polarización de los conflictos

en términos políticos y sociales. El chavismo se parece a los populismos clásicos de Perón, Vargas o Gaitán por su construcción maniquea de la política y de la sociedad como una lucha antagónica entre el pueblo, encarnado en su líder, y la oligarquía. Pero en otras experiencias, como el caso de Velasco Ibarra en los años 40 o Fujimori en los 90, los términos pueblo y oligarquía se construyeron políticamente y no llevaron a la polarización social.

“El pueblo” no sólo tiene visiones positivas. Las percepciones de las élites sobre “el pueblo” han oscilado entre el paternalismo y la hostilidad. Al igual que muchos populistas, Velasco Ibarra, a la vez que alababa al pueblo, mantenía una hostilidad racista hacia los cholos y visiones racista-paternalistas sobre los indígenas. En su texto *Conciencia o barbarie* contrasta a indios y cholos en los siguientes términos: “El indio del campo no hace males. Alimenta al país con trabajo. En cambio el indio de las ciudades es sumamente peligroso. Ha leído libros. Ha subido sin etapas. Ha invadido toda la administración [...] Es indelicado con los fondos ajenos. Es ratero. Rara vez alcanza a ladrón. Pero despilfarra y derrocha los dineros públicos” (Velasco Ibarra 1937: 156-7).

En Venezuela, la imagen benevolente y paternalista del pueblo como masas virtuosas e ignorantes que son la base de la democracia cambió con la introducción de reformas estructurales. Durante la segunda administración de Carlos Andrés Pérez, “el pueblo” se transformó en “una masa no gobernable y parasítica que debía ser disciplinada por el estado y el mercado” (Coronil 1977: 378). Coronil y Skurski (1991) analizan cómo el Caracazo fue visto por las élites como la irrupción de las masas desorganizadas e incivilizadas que invadían los centros de la civilidad. Estas construcciones de los marginales como la antítesis de la razón y de la civilización permitieron o justificaron la represión.

Fernando Coronil argumenta que los sectores populares tenían interpretaciones diferentes. Vieron a las élites como “un cogollo corrupto que ha privatizado el estado, saqueado la riqueza de la nación y abusado al pueblo [...] El pueblo ha sido traicionado por sus líderes y la democracia se ha vuelto una fachada que permite a la élite usar el estado para sus beneficios personales” (Coronil 1997: 378). Dadas estas construcciones de las categorías pueblo y oligarquía, Hugo Chávez se constituyó y fue construido por sus seguidores como la encarnación del caudillo popular anti-oligárquico.

El populismo, como lo anota Alan Knight (1998: 231), no puede reducirse a las palabras, acciones y estrategias de los líderes. Las expectativas autónomas de los seguidores, sus culturas y discursos son igualmente importantes para entender el lazo o nexo populista. ¿Se puede asumir que los seguidores aceptan las visiones de los líderes? O, más bien, como lo señala Joel Wolfe (1994), ¿usa la gente común el discurso del líder para avanzar sus agendas e intereses propios?

No se puede asumir que los seguidores aceptan pasivamente los discursos de los líderes, o que los discursos tengan un solo significado. Cuando investigué a Abdalá Bucaram, me di cuenta de que existían varias lecturas sobre sus discursos y espectáculos públicos. La mayoría de la gente común no lo veía como el líder de los pobres que decía ser. Para la mayoría, Bucaram representaba un rechazo a sus patronos y votar por él fue una oportunidad para expresar su resentimiento u odio de clase. Para muchos “*brokers*” su elección era la oportunidad de estar cerca de los centros del poder para tener acceso a recursos, servicios, información, trabajos y prestigio. Otros fueron a un espectáculo gratis en el que vieron “al loco” bailar y cantar (de la Torre 2000).

Neopopulismo y representación mediática

El renacer del populismo en la década de 1990 fue explicado, en parte, por el poder de los medios para crear lazos directos de representación entre los líderes y sus seguidores. La televisión tendría un papel muy importante en las elecciones en contextos en los cuales la gente común: 1) esté expuesta de manera significativa a la televisión, 2) dependa altamente de la televisión para su información política, 3) estos medios tengan credibilidad, 4) la población tenga bajos niveles educativos y 5) poco acceso a medios alternativos de información (Lawson 2002: 201). Como bien lo sistematiza Taylor Boas (2005), según las hipótesis derivadas de los trabajos de los teóricos norteamericanos del populismo como Kurt Weyland (1996, 2001) y Kenneth Roberts (1995), la televisión sería el medio a través del cual los líderes neopopulistas se relacionarían con las masas atomizadas y desorganizadas del sector informal. La televisión explicaría no sólo las elecciones de los neopopulistas sino también sus estilos de gobierno, en que los partidos y las instituciones son remplazados por las imágenes televisivas, que dan una sensación de participación y de representación directa, así como de inversión simbólica del orden.

Taylor Boas, en su estudio basado en el análisis estadístico de sondeos de opinión pública en tres elecciones (Brasil 1989, Perú 2000 y Perú 2001), demuestra que si bien la televisión contribuyó a la victoria de Collor en 1989 y de Fujimori en el 2000, no tuvo nada que ver con la política neopopulista (2005: 45). Más bien, la cobertura sesgada de las campañas por los medios explicaría por qué ganaron estos candidatos. Sus conclusiones son interesantes porque evalúan empíricamente las hipótesis de teóricos importantes del neopopulismo como Roberts y Weyland. Éstos argumentaron que la televisión tendría un papel importante en los triunfos neopopulistas en contextos de desorganización y anomia del sector informal, que producen masas disponibles para la movilización populista. Hay una amplia bibliografía que cuestiona la idea de desorganización y anomia del sector informal y que demuestra, más bien, importantes niveles

de organización (Cross 1998; Auyero 2001; Fernández-Kelly y Shefner 2006). Además, no se puede asumir que la televisión ha reemplazado a las maquinarias políticas clientelares y a las formas tradicionales de hacer política basadas en los partidos (Waisbord 1994, 1996).

Existe una serie de estudios de caso que demuestran cómo la televisión transformó la manera en la cual los neopopulistas gobernaron, y cómo pretendieron crear a través de ese medio formas de representación política basadas en lazos sin mediación entre líderes y seguidores (Novaro y Palermo 1996; Nun 1994; Sarlo 1995). Para ilustrar la tentación de transformar la representación política tradicional en eventos mediáticos y los límites de estos intentos debidos a las reacciones de las audiencias, considero el caso de Bucaram en Ecuador.

Inspirándose en el estilo de Carlos Menem, Abdalá Bucaram, quien gobernó por seis meses entre octubre de 1996 y febrero de 1997, representó sus actos de gobierno como un *show* televisivo en el que el poder se dramatizaba en espacios de la cultura popular como el fútbol y la cultura de masas (De la Torre 1999, 2000). Al escenificar sus éxitos personales en estos espacios, Bucaram representaba los sueños de éxito y de movilidad social de la gente común, como jugar al fútbol con estrellas, bailar con modelos teñidas de rubio o transformarse en animador de un programa de televisión. Estando siempre presente en la televisión, la radio y la prensa, Bucaram trató de construir su figura como el evento político central. Su imagen de triunfador en esferas no-políticas, como los negocios y los deportes, y su nuevo rol como cantante de baladas y presentador de *show* de variedades en televisión fueron constantemente retransmitidos a los hogares. Abdalá Bucaram actuaba en la televisión para el público y transformaba los significados de lo que debía discutirse en la esfera pública. Los debates sobre su vida personal y sus apariciones en la televisión fueron temas tan importantes como las discusiones sobre sus proyectos y programas de gobierno. Por ejemplo, Bucaram manifestaba su opinión acerca de qué jugadores debían ser contratados por el club deportivo Barcelona, del cual fue electo presidente durante su mandato, a la vez que defendía su plan económico neoliberal.

Si bien su intención fue construir eventos mediáticos que atrajeran a grandes números de televidentes y rompieran con las rutinas de la televisión (Dayan y Katz 1992), estos eventos no fueron interpretados por la opinión pública y por las audiencias de clase media para arriba como representativos de los valores, símbolos y narrativas de la ecuatorianidad. Más bien, los periodistas y muchos ciudadanos de clase media los vieron como un peligro para la democracia y como la irrupción de las chusmas en el palacio presidencial.

El caso de Bucaram ilustra un patrón más general. En un excelente estudio sobre los medios y la política en Israel, Yoram Peri (2004) analiza cómo las lógicas de la televisión y de la política se han fusionado en lo que llama *mediapolitik*. La

lógica de los medios, sobre todo de la televisión, implica la personalización de la política y da énfasis a los elementos emocionales por sobre los que motivan a la reflexión, y a los elementos dramáticos por sobre los que no se resuelven en oposiciones binarias y simples. Los políticos se han tenido que adaptar a la lógica mediática y han aprendido a manipularla con el asesoramiento de los expertos mediáticos. Los medios, por su parte, se han convertido en actores políticos.

Si bien en muchos países de América Latina la política siempre fue personalista y los programas e ideologías contaron menos que las figuras de los políticos como símbolos, en la era del *mediapolitik* la dimensión simbólica adquiere características centrales. El juego político dentro de los medios, sobre todo en la televisión, se centra en la persona pública del político. Es por ello que éstos invierten tantos recursos en construirse como el evento central de la política. Las luchas tienen lugar en torno a la figura del político, de su honorabilidad y credibilidad, más que en torno a sus programas e ideas, por lo que la política se banaliza y gira en torno a la figura del líder.

La personalización mediática además transforma la política en una lucha por la credibilidad del político en tanto individuo. Éste se embarca en el proyecto de tratar de demostrar su credibilidad deslegitimando a los medios. Éstos responden como actores políticos que luchan por ser más creíbles que el presidente. La política se transforma en una lucha sobre características personales que opacan la distinción entre lo público y lo privado. Lo privado se politiza y lo público se transforma en reyertas sobre las características personales de los políticos o de los personajes mediáticos y periodísticos.

Ya que la política se basa en las luchas sobre personalidades, los gobernantes se embarcan en campañas permanentes en las que cada acto de gobierno es un acto proselitista. La lógica de la confrontación reemplaza a la lógica de los pactos que deberían caracterizar las acciones de gobernar. En estas luchas los presidentes tienden a estar siempre presentes en los medios, mientras éstos se esfuerzan en demostrar que el político no es creíble y es un fraude. Estas reyertas no sólo trivializan la política sino que terminan deslegitimando las instituciones de la democracia representativa.

Si bien la tentación de utilizar la televisión y otros medios como canales para ligar a los políticos directamente con las masas está presente y disponible, estos intentos de manipulación mediática tienen límites. Para empezar, la organización de las salas de redacción, la cultura y los valores de los periodistas han cambiado y muchos de ellos no siempre están dispuestos a ser cómplices de proyectos populistas autoritarios. Además, y de manera fundamental, si bien el uso sesgado de los medios explica por qué la gente favorece a un candidato, este sesgo tiene límites. Los intentos de manipulación mediática deben caminar por

una línea fina para aparecer como creíbles y no como intentos de manipulación (Conaghan 2005).

Conclusiones

El populismo tiene significados ambiguos para la democracia. Por un lado, es una forma de protesta y resistencia a proyectos de modernización que, en base a argumentos supuestamente universalistas y racionalistas, excluyen a grandes sectores de la población vistos como la encarnación de la barbarie. Frente a estos proyectos civilizatorios de las élites, el populismo reivindica lo que supuestamente son las formas de ser y vivir de los pobres y de los excluidos, quienes de ser considerados como obstáculos para la modernidad y el progreso pasan a ser la esencia de la nación. Pero, debido a que el pueblo no existe como un dato objetivo que está ahí presente sino que es una construcción discursiva, hay que preguntarse quién lo construye y qué características le son atribuidas.

El “pueblo” es construido por líderes que dicen encarnarlo. Esta apropiación autoritaria de lo que debe ser el pueblo tiene un doble sentido. Si bien los populismos han devuelto la dignidad a los de abajo, como cuando los insultos de “chusma” a las clases bajas y vulgares fueron resignificados como la esencia de la nación por Gaitán y Velasco Ibarra, “el pueblo” es una categoría construida de manera autoritaria y excluyente. El líder decide cuáles son sus valores y virtudes y qué formas de ser deben caracterizar a lo popular.

La representación populista se basa en la identificación entre el pueblo, visto como un conglomerado que tiene una sola voz e intereses, y el líder, encarnación de los valores populares, nacionales y democráticos. En esta identificación del pueblo-unitario con el ególatra que dice encarnarlo no hay espacio para que se articulen las diferencias que caracterizan a la sociedad moderna. Quienes no están incluidos o bien no existen, o bien son parte de la anti-nación oligárquica, o bien son borrados del imaginario autoritario de lo popular. El anti-pueblo y el no-pueblo no tienen espacios donde puedan expresar su disensión. Tampoco tienen derechos, pues al estar en contra del mandato del líder atentan contra los intereses de la nación y del pueblo, que no son otros que los del líder.

Si bien la representación populista es excluyente y el discurso populista es autoritario, el populismo es vivido como profundamente democratizante e incluyente. El populismo moviliza pasiones e incorpora a personas que ya sea estaban excluidas de la política, ya sea no han tenido antes interés en participar. Pero la movilización populista no siempre se produce dentro de canales que respeten las normativas de la democracia liberal. Es más, en muchos casos, los procedimientos del estado de derecho son vistos como trabas e impedimentos

para que se exprese la voluntad única y homogénea de las masas, que no es otra que la que articula el líder. La democratización populista de los llamados populismos clásicos entre los años 30 y 70 privilegió la incorporación de los sectores organizados corporativamente, pero excluyó a los que se desempeñaban en el sector informal. Esta incorporación, además, no respetó los derechos civiles, pues en su lucha contra la oligarquía los líderes no tuvieron reparo en encarcelar, desterrar y silenciar a sus enemigos. Los llamados neopopulismos neoliberales y los populismos nacionalistas y radicales como el de Hugo Chávez, si bien dan beneficios limitados a los informales y a los campesinos a través de políticas clientelares, no siempre han respetado las instituciones del estado de derecho.

El populismo no es una aberración ni una desviación de los patrones de democratización concebidos desde visiones teleológicas por los teóricos de la modernización (Germani 1971). Más bien, como lo señalan trabajos recientes (Panizza 2005; Mouffe 2005; Arditti 2005), el populismo es parte constitutiva de la democracia. Por un lado, como lo señala Kurt Weyland (2001), es una estrategia política que puede ser utilizada y que a veces resulta exitosa tanto para llegar al poder como para ejercerlo. El populismo es parte central de lo político. Como lo señala Chantall Mouffe (2005), lo político se basa en el papel fundamental de las pasiones en la construcción de las identidades colectivas y en la diferenciación entre un nosotros y un otro. Mientras los estados latinoamericanos continúen fallando en sus intentos de regular la sociedad civil y no se consoliden las instituciones que garanticen un estado de derecho, el populismo se negará a desaparecer. Los estigmas creados por las agencias estatales y no gubernamentales y la humillación cotidiana de los excluidos podrán ser politizados por líderes populistas. Éstos, si bien buscarán devolver la dignidad a las poblaciones estigmatizadas, correrán el peligro de construir autoritariamente y desde el poder identidades populares. Los excluidos, por su parte, presionarán para incluir sus propias agendas, que en muchos casos superarán las expectativas y las acciones del poder (Wolfe 1994; Ellner 2005). Si no se construyen instituciones que garanticen la igualdad ante la ley y la creación de ciudadanías, el populismo continuará abonando su continua re-emergencia.

NOTAS

- 1 Una versión de este trabajo fue presentada en el Fifth Woodrow Borah International Colloquium, en el Instituto de Historia y Cultura Latinoamericana de la Universidad de Tel Aviv, sobre *Populismo y Estado en América Latina del Siglo XX*, Tel Aviv, 10-12 de junio de 2007. Agradezco a quienes participaron en este evento por sus comentarios y sugerencias.
- 2 Para resúmenes sobre los debates conceptuales ver: De la Torre 2000; Freidenberg 2007; Panizza 2005; Roberts 1995; Weyland 2001. En los últimos años se ha dado un renacer de publicaciones sobre el populismo. Véase los libros editados por Aibar 2007a; Centro Andino de Acción Popular 2004; Conniff 1999; Burbano de Lara 1998; Demmers et al. 2001; Hermes et al. 2001; Mackinnon y Petrone 1998; Panizza 2005a.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aibar, Julio, 2007. "La miopía del proccidentalismo y la presentación populista del daño." En Julio Aibar Gaete, comp., *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. México: FLACSO, pp. 19-55.
- Aibar, Julio, 2007^a. *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. México: FLACSO.
- Álvarez Junco, José, 1994. "El populismo como problema." En José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri, comps., *El populismo en España y América*. Madrid: Editorial Catriel, pp. 11-39.
- Arditti, Benjamin, 2005. "Populism as an Internal Periphery of Democracy." En Francisco Panizza, comp., *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso, pp. 72-99.
- Auyero, Javier, 2001. *Poor People's Politics*. Durham and London: Duke University Press.
- Barozet, Emmanuelle, 2006. "Relecturas de la noción de clientelismo: una forma diversificada de intermediación política y social." *Ecuador Debate* 69, diciembre, pp. 103-48.
- Boas, Taylor, 2005. "Television and Neopopulism in Latin America: Media Effects in Brazil and Peru." *Latin American Research Review* 40 (2): 27-50.
- Braun, Herbert, 1985. *The Assassination of Gaitán*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Burbano de Lara, Felipe, comp., 1998. *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema [siempre] actual*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Burgwall, Gerrit, 1995. "Struggle of the Poor. Neighborhood Organization and Clientelist Practice in a Quito Squatter Settlement." Unpublished Ph.D. Dissertation, University of Amsterdam.
- Canovan, Margaret, 1984. "People, Politicians and Populism." *Government and Opposition* 19 (3): 312-327.
- Canovan, Margaret 1999. "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy." *Political Studies* 47: 2-16.
- Centeno, Miguel Ángel y Alejandro Portes, 2006. "The Informal Economy in the Shadow of the State." En Patricia Fernández-Kelly y Jon Shefner, comps., *Out of the Shadows*:

- Political Action and the Informal Economy in Latin America*. University Park: The Pennsylvania University Press, pp. 23-49.
- Centro Andino de Acción Popular, comp., 2004. *Releer los populismos*. Quito: CAAP.
- Chatterjee, Partha, 2004. *The Politics of the Governed. Reflections on Popular Politics in Most of the World*. New York: Columbia University Press.
- Conaghan, Catherine, 2005. *Fujimori's Peru. Deception in the Public Sphere*. Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press.
- Conniff, Michael, comp., 1999. *Populism in Latin America*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Coronil, Fernando, 1997. *The Magical State*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Coronil, Fernando y Skurski, Julie, 1991. "Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela," *Comparative Studies in Society and History* 33 (2): 288-337.
- Cross, John, 1998. *Informal Politics. Street Vendors and the State in Mexico City*. Stanford: Stanford University Press.
- DaMatta, Roberto, 1991. *Carnivals, Rogues, and Heroes. An Interpretation of the Brazilian Dilemma*. Notre Dame: University of Notre Dame.
- Dayan, Daniel y Elihu Katz, 1992. *Media Events. The Live Broadcast of History*. Cambridge: Harvard University Press.
- De la Torre, Carlos, 1993. *La seducción velasquista*. Quito: Libri Mundi y FLACSO.
- De la Torre, Carlos, 1999. "Neopopulism in Contemporary Ecuador: The Case of Bucaram's Use of the Mass Media." *International Journal of Politics, Culture and Society* 12 (4): 555-571.
- De la Torre, Carlos, 2000. *Populist Seduction in Latin America*. Athens: Ohio University Press.
- De la Torre, Carlos, 2004. "Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo." En *Releer los Populismos*, editado por el Centro Andino de Acción Popular, 51-79. Quito: CAAP.
- Demmers, Jolle, Gilberto Fernández y Barbara Hogenboom, 2001. *Miraculous Metamorphoses. The Neoliberalization of Latin American Populism*. London: Zed Books.
- Ellner, Steve, 2005. "Revolutionary and Non-Revolutionary Paths of Radical Populism: Directions of the *Chavista* Movement in Venezuela," *Science & Society* 69 (2): 160-190.
- Fernández-Kelly, Patricia y Jon Shefner, 2006. *Out of the Shadows: Political Action and the Informal Economy in Latin America*. University Park: The Pennsylvania State University Press.
- Freidenberg, Flavia y Steven Levitsky, 2006. "Informal Institutions and Party Organizations in Latin America." En Gretchen Helmke and Steven Levitsky, comps., *Informal Institutions and Democracy. Lesson from Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp. 178-201.
- Freidenberg, Flavia, 2007. *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Barcelona: Editorial Síntesis.
- Furet, François, 1985. *Interpreting the French Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Gay, Robert, 2006. "The Even More Difficult Transition from Clientelism to Citizenship: Lessons from Brazil." En Patricia Fernández-Kelly y Jon Shefner, comps., *Out of the Shadows: Political Action and the Informal Economy in Latin America*. University Park: The Pennsylvania University Press, pp. 195-219.
- Germani, Gino, 1971. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Guerrero, Rafael, 1994. *Regionalismo y democracia social en los orígenes del "CFP"*. Quito: CAAP Diálogos.
- Hallin, Daniel y Stylianos Papathanassopoulos, 2002. "Political Clientelism and the Media: Southern Europe and Latin America in Comparative Perspective." *Media, Culture and Society*, Vol. 24: 175-195.
- Hermet, Guy, Soledad Loaeza y Jean François Prud'homme, comps., 2001. *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. México: El Colegio de México.
- Ianni, Octavio, 1975. *La formación del Estado populista en América Latina*. México: Editorial ERA.
- James, Daniel, 1995. "17 y 18 de Octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina." En Juan Carlos Torre, comp., *El 17 de Octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel, pp. 83-131.
- Knight, Alan, 1998. "Populism and Neopopulism in Latin America, Especially Mexico." *Journal of Latin American Studies* 30: 223-48.
- Laclau, Ernesto, 2005. "Populism: What's in a Name?" En Francisco Panizza, comp., *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso, pp. 32-50.
- Lawson, Chappell, 2002. *Building the Fourth Estate. Democratization and the Rise of a Free Press in Mexico*. Berkeley: University of California Press.
- Lefort, Claude, 1988. "Interpreting Revolution within the French Revolution." En Claude Lefort, *Democracy and Political Theory*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 89-115.
- Mackinnon, María Moira y Mario Alberto Petrone, comps., 1998. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cienicienta*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Mouffe, Chantal, 2005. "The 'End of Politics' and the Challenge of Right Wing Populism." En Francisco Panizza, comp., *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso, pp. 50-72.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero, 1971. *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo, 1996. *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: FLACSO-Norma.
- Nun, José, 1994. "Populismo, representación y menemismo." *Sociedad* 5: 93-121.
- O'Donnell, Guillermo, 1994. "Delegative Democracy." *Journal of Democracy* 5: 1 (January): 55-69.
- Panizza, Francisco, 2005. "Introduction: Populism and the Mirror of Democracy." En Francisco Panizza, comp., *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso, pp. 1-32
- Peri, Yoram, 2004. *Telepopulism. Media and Politics in Israel*. Stanford: Stanford University Press.

- Peruzzotti, Enrique, 1997. "Civil Society and the Modern Institutional Complex: The Argentine Experience." *Constellations* 4 (1): 88-94.
- Plotke, David, 1997. "Representation is Democracy." *Constellations* 4 (1): 19-35
- Plotkin, Mariano, 1995. "Rituales políticos, imágenes y carisma: La celebración del 17 de Octubre y el imaginario peronista 1945-1951." En Juan Carlos Torre, comp., *El 17 de Octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel, pp. 171-219.
- Prud'homme, Jean François, 2001. "Un concepto evasivo: El populismo en la ciencia política." En Guy Hermet, Soledad Loaeza y Jean François Prud'homme, comps., *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. México: El Colegio de México, pp. 35-65.
- Roberts, Kenneth, 1995. "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case." *World Politics* 48 (October): 82-116.
- Sarlo, Beatriz, 1995. "Argentina Under Menem: The Aesthetics of Domination." En Fred Rosen y Deidre McFayden, comps., *Free Trade and Economic Restructuring in Latin America*. New York: Monthly Review Press, pp.253-263.
- Torre, Juan Carlos, comp., 1995. *El 17 de Octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel
- Urbinati, Nadia, 1998. "Democracy and Populism." *Constellations*, Vol 5 (1): 110-125.
- Velasco Ibarra, José María, 1937. *Conciencia o barbarie*. Quito: Editorial Moderna.
- Waisbord, Silvio, 1994. "Television and Election Campaigns in Contemporary Argentina." *Journal of Communication* 44 (2): 125-135.
- Waisbord, Silvio, 1996. "Farewell to Public Spaces? Electoral Campaigns and Street Spectacle in Argentina." *Studies in Latin American Popular Culture* 15.
- Weyland, Kurt, 1996. "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities." *Studies in Comparative International Development* 31 (3): 3-31.
- Weyland, Kurt, 2001. "Clarifying a Contested Concept. Populism in the Study of Latin American Politics." *Comparative Politics* 34 (1): 1-23.
- Weyland, Kurt, 2003. "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: How Much Affinity?" *Third World Quarterly* 24 (6): 1095-1115.
- Wolfe, Joel, 1994. "'Father of the Poor' or 'Mother of the Rich'?: Getúlio Vargas, Industrial Workers, and Constructions of Class, Gender, and Populism in São Paulo, 1930-1954." *Radical History Review* 58: 80-112.